

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

SECCION OFICIAL

Acta de la sesión ordinaria del día 18 de Marzo de 1894.

Abrióse la sesión, con las preces de costumbre, bajo la presidencia del doctor D. Rafael Marsá y Draper.

Después de algunas observaciones hechas al acta anterior, por el señor Bertrán, que recogió y contestó en debida forma el señor Barrella, el señor Presidente ordenó la lectura de una comunicación de la nueva Academia Josefina, instalada en el Seminario Conciliar, y en la cual dicha Asociación invitaba á nuestra Academia á la velada inaugural, que debía celebrarse en la tarde de aquel mismo día.

El señor Presidente nombró para representar á la Academia en la mencionada solemnidad, á D. Camilo Vallés y al Infrascrito.

Habiendo manifestado el señor Sanmartí que deseaba interpelar al señor Baró y Comas, acerca de un escrito publicado por éste en LA ACADEMIA CALASANCIA, rogóle el señor Presidente que aguardara á otra sesión, toda vez que el señor Baró se hallaba ausente.

Concedida la palabra al académico numerario D. José Bertrán, continuó éste su disertación sobre el origen del poder.

Empezó manifestando que para tratar de la trasmisión y de la pérdida, en beneficio de la claridad, era necesario presentar primero las opiniones en que no cabe discusión entre los católicos; para pasar después á las no dogmáticas.

Dijo que no estudiaría la trasmisión del poder según Rousseau, porque éste no le trasmitía, ya que únicamente le delegaba, y pasó á refutar las opiniones de Hobbes y de las escuelas protestantes, sentando que éstas aunque de distintas bases venían á confundirse en sus consecuencias. Dijo que una y otra esclavizan al ciudadano é ignoran la razón de la existencia del poder y el fin del mismo; demostró los males causados á la Iglesia por las opiniones cesaristas, valiéndose de los argumentos que presenta la historia, sentado las dos opiniones católicas, diciendo que Suárez y Belarmino piensan que se trasmite el *poder* en su primera institución por el pueblo que lo ha recibido de Dios, y sustanció la segunda diciendo que la potestad se trasmite inmediatamente de Dios, pero que el pueblo tiene la elección; dijo que Balmes no da importancia á la cuestión, pero afirmó que aunque no fuese más que bajo el punto de vista de la lógica era necesario aclararla.

Para apoyar la segunda proposición dijo que así como la forma del Hombre viene inmediatamente de Dios, la potestad forma del cuerpo

social había de venir inmediatamente de Dios, indicando de paso el inconveniente que presenta la doctrina de Suárez, pues para que tuviese el pueblo el poder era necesario que lo pudiese ejercer.

Citó en su apoyo un argumento incontestable del padre Cigliara en su «Suma Filosófica,» y otro del ilustre Lacordaire sacado de un sermón pronunciado en Nuestra Señora de París.

Dijo que el sujeto del poder se determinaba por medio de la elección, demostrándolo también y citando por segunda vez á Zigliara.

Dijo que la manera de comprender cómo se concreta el poder no la ha visto en ningún sitio tan clara y tan perfecta como en la teoría conocida con el nombre de hechos providenciales.

Explicó lo que se entendía por tales, para deducir que el sugeto concreto del poder será aquel que ya por los derechos que de sus padres adquiriera, ya por las circunstancias escepcionales de hechos sociales, tiene el poder con el consentimiento tácito ó expreso del pueblo. Citó en su aserto al Pontífice León XIII en las encíclicas *Diuturnum é Immortale Dei* y dedujo que esta misma teoría explicaba cumplidamente la manera de perderse, porque si una persona lo adquiere por los hechos providenciales, la que lo tenía lo pierde lógicamente. Probólo valiéndose de argumentos de razón, de la autoridad de Tertuliano, de San Agustín, de San Pablo, de Pío VI, Pío IX y León XIII, reuniendo todo lo dicho en las cuatro proposiciones siguientes: 1.^a No hay potestad que no venga de Dios. 2.^a El poder se trasmite inmediatamente de Dios, y el pueblo tiene la elección. 3.^a Los hechos providenciales explican la manera de concretarse el poder en un sugeto; y 4.^a Estos mismos hechos explican la pérdida del poder.

Aquí dió el señor Bertrán por terminada su disertación, que fué muy razonada y erudita.

Antes de levantar la sesión, el señor Presidente hizo el resumen de la misma, felicitando al señor Bertrán por su hermosa conferencia.

El Secretario,

Barcelona 22 de Marzo de 1894.

JUAN BURGADA Y JULIÁ.

Funciones de Semana Santa

Cumpliendo con lo que prescribe el Reglamento, la Academia Calasancia asistió en corporación á los Divinos Oficios celebrados el día de Jueves Santo en la iglesia de PP. Escolapios, acercándose á la Sagrada Mesa. También asistió á las funciones del Viernes Santo; ocupando en la iglesia lugar preferente.

Notabilísima fué la *Tarde Sacra* con que nuestra Asociación quiso solemnizar la Soledad de María. En la iglesia habíase reunido selecto y numerosísimo concurso y el altar mayor presentaba artístico y severo aspecto.

Nuestro Director, el P. Llanas, dirigió por tres veces la palabra á los fieles, considerando á la Virgen en su calidad de Madre del Verbo y Coredentora de los hombres.

De los intermedios estuvo encargada la Sección Musical de la Academia, la cual mereció entusiastas elogios.

Hé aquí el programa de música sacra, que obtuvo esmeradísima ejecución:

Primera parte: 1. *Melodía* para violoncellos al unísono, armonio y piano, SCHUBERT.—2. *Lamentación*, para barítono, TINTORER.—3. *Morceaux*, para violoncello y arpa, por J. Oller y J. Durán, BAIRG.—4. *Jesús de Nazareth*, para violines, violoncellos, armonio y piano, GOUNOD.—Segunda parte: 1. *Cuarteto*, para violoncellos, PAQUE.—2. *Largo*, para violines, violoncellos, armonio y piano, HAENDEL.—3. *Solo*, para violoncello y arpa, por J. A. Sala y J. Durán, FELSTEN.—4. *Dernier moment*, para violines, violoncellos, armonio y piano, POISOT.—Tercera parte: 1. *Chant élégiaque* para violines, violoncellos, armonio y piano, F. MATEU.—2. *Solo*, para arpa, OLTZER.—3. *Ecce enim*, para canto, violoncello y arpa, MERCADANTE.—4. *Gallia*, para violines, violoncellos, armonio y piano, GOUNOD.

Fueron ejecutantes los Sres. D. Alvaro Camín, (Canto).—D. Carlos de Barrie, D. J. Bizcarrí, D. Juan Camín, D. L. Sagredo, D. Jorge de Satrústegui y D. J. Viñas, (Violines).—D. Eusebio de López, D. Luis Masriera, D. Fernando de Olalde, D. José Oller, D. José A. Sala y don Mariano Tomás, (Violoncellos).—D. Joaquín Durán, (Arpa).—D. Alvaro Camín y D. Francisco Mateu, (Armonio).—D. Alvaro Camín, don Francisco Mateu y D. Agustín Quintas, (Piano)

La dirección corrió á cargo del profesor y académico D. José Antonio Sala.

Estrenóse una preciosa composición del profesor del Colegio don Francisco Mateu, la cual fué objeto de comentarios muy favorables, pues reúne á la severidad del conjunto, tiernas modulaciones en el canto y no escasa maestría en su general factura. La ejecución fué digna de la obra.

De lo dicho se desprende que la *Tarde Sacra* estuvo á gran altura, y así pudo comprenderlo la distinguida concurrencia que llenaba la iglesia de PP. Escolapios.

Barcelona 28 de Marzo de 1894.

El Secretario,

JUAN BURGADA Y JULIÁ.

Sesión pública literario-musical del día 1.º del corriente

Atendiendo á un ruego de la Junta Diocesana de la Romería Obrera, la Academia Calasancia organizó en tres días una sesión pública literario-musical, con objeto de recaudar fondos para la Romería mencionada.

Presidió la sesión el P. Provincial de las Escuelas Pías, D. Francisco Long, acompañado del P. Anglada, Rector del Colegio en cuyo salón de actos celebrábase aquélla; del P. Llanas, Director de la Academia; del doctor Marcet, catedrático del Seminario Conciliar; del Padre Riba, Director de la Sucursal del Colegio de PP. Escolapios; del doctor Marsá y Draper, Presidente de la Junta Directiva, y de algunos señores académicos.

La velada dió comienzo á poco más de las cuatro de la tarde, á tenor del siguiente

PROGRAMA.

Acta de la Velada anterior.—1.º **Rienzi**: para violines, violoncellos y piano, por los académicos D. Jorge de Satrústegui, D. Carlos de Barrie, D. Eusebio de López, D. Fernando de Olalde y el Sr. D. Agustín Quintas.

WAGNER.—2.º Alocución del Presidente de la Academia doctor D. Rafael Marsá y Draper.—3.º **La Caridad**: poesía del P. Manuel Sánchez E. recitada por el Académico D. Enrique Tuyet.—4.º Solo de violín, por el Académico D. Jorge de Satrústegui, con acompañamiento de piano por D. Agustín Quintas.—5.º **A Roma**: poesía catalana de D. Jacinto Verdaguer, recitada por el Académico D. Luis Masriera.—6.º **Carta de un Estudiante**: poesía del Académico D. Alejandro Tornero, recitada por el Académico don Bartolomé Canals.—7.º **Meditación**: para violín, violoncello, armonio y piano, por los Sres. D. J. de Satrústegui, D. F. de Olalde, D. F. Mateu y D. A. Quintas.—8.º **A mi médico**: poesía de Vital Aza, recitada por el Académico D. Juan Gui.—9.º **La Escuela filosófica y la Escuela histórica del Derecho**: Discurso Doctrinal, por el Académico D. Miguel Barella.—10. a) Última composición de BEETHOVEN.—b) **Sommeil de la Vierge de Massenet**, para violoncello y piano, por los Académicos D. Luis Masriera y D. Alvaro Camín.—11. **La Cruz**: poesía de Gertrudis Gómez de Avellaneda, leída por el Académico D. Juan Burgada Juliá.—12. **La Germana de la Caritat**: poesía de Casas y Amigó, recitada por el Académico D. Emilio Vallés.—13. **Ave Maria**: para canto y piano, por los señores D. A. Camín y D. A. Quintas.

Todos los números fueron ejecutados con éxito; mereciendo grandes elogios la elocuente alocución del Sr. Marsá explicando el objeto de la sesión; la poesía del Sr. Tornero, abundante en chistes; la recitación del Sr. Gui, á quien los aplausos obligaron á repetir la lectura, y el discurso doctrinal del Sr. Barella, quien en el mismo hizo gala de muy claro criterio y conocimientos nada vulgares de la ciencia jurídica.

La parte musical mereció asimismo calurosos aplausos.

Las cantidades recogidas en bandeja fueron inmediatamente remitidas á la Junta Diocesana de la Romería Obrera.

Barcelona 3 de Abril de 1894.

El Secretario,

JUAN BURGADA Y JULIÁ.

Se suplica á los señores Académicos se sirvan concurrir á la sesión ordinaria que se celebrará el domingo, día 15 del corriente, á las diez de la mañana, y en la cual disertará el Académico D. Miguel Barella.

El Presidente,

RAFAEL MARSÁ Y DRAPER.

El Secretario,

JUAN BURGADA Y JULIÁ.

Barcelona 3 de Abril de 1894.

LA PEREGRINACION OBRERA

Será más numerosa de lo que en un principio se había creído. Los obreros españoles han acudido con entusiasmo al llamamiento. Y téngase en cuenta que la clase trabajadora más numerosa y que menos se ha dejado inficionar por las lecturas disolventes y que más adicta se muestra á las tradiciones católicas de España, los braceros de la agricultura, se ven imposibilitados de acudir á Roma y prestar su homenaje á la Santa Sede. Dada la postración en que nuestra agricultura ha caído, ni los operarios

tienen ahorros hechos que les permitan emprender la romería, ni los propietarios se hallan tan desahogados que puedan venir en socorro de sus colonos ó braceros. Sobre que, tampoco las Juntas promovedoras de la peregrinación han mirado á la clase obrera agrícola con aquella solicitud con que han atendido á los obreros de los talleres, fábricas, artes y oficios, pues mientras se han invertido muy buenas sumas en facilitar el viaje de estos últimos, apenas si se han distribuido fondos para auxiliar á los obreros del campo, que son ciertamente los más necesitados y los que con mejor voluntad se hubieran inscrito en los registros de la peregrinación. Parécenos que si van á Roma más de ocho mil romeros, hubieran pasado de doce mil, si los agricultores hubieran sido atendidos proporcionalmente á su religiosidad, á su número y á su situación verdaderamente miserable.

Como quiera, una romería de ocho mil obreros y patronos, resulta una manifestación católica digna de la nobilísima nación española, y de esperar es que llenará de júbilo al paternal corazón de León XIII. En si misma constituye una hermosa ostensión de las fuerzas católicas en nuestra patria. Pero dadas las circunstancias en que se realiza y las personas que la han promovido y las que la han fomentado y las que la dirigen y las que forman el núcleo principal de los romeros, bien puede decirse que esa romería pone término á una época desastrosa y abre una nueva era de prosperidad y de florecimiento para los intereses católicos de España. Es la primera obra de unión católica, entendiéndose de alguna magnitud y resonancia, que de muchos años á esta parte han podido realizar los católicos españoles, cuyas intransigencias políticas han esterilizado todos los gérmenes de acción social religiosa. Ningún partido puede atribuirse el éxito de la romería, con la cual nada tienen que ver las fracciones políticas, y de la cual forman parte hombres de diversos partidos y hombres que jamás figuraron en partido alguno. Algo se intentó para darla significación política determinada; pero la prudencia triunfó de las obcecaciones de parcialidad, y todos los grupos políticos, desde el representado por *La Unión Católica* hasta el representado por *El Siglo Futuro*, mandan su contingente á Roma. Los intereses religiosos se han antepuesto esta vez á los intereses políticos, llevando al terreno de la práctica uno de los deseos más vehementes del auguste Jefe del Catolicismo.

Contribuirá no poco la peregrinación obrera á desvanecer un error funestísimo, muy arraigado entre los católicos sencillos que forman en los partidos políticos, y que consiste en suponer que no hay otros católicos de acción que los que pertenecen á la fracción política de su preferencia. Los conservadores y los carlistas y los íntegros y los independientes se pondrán por vez primera en contacto, cambiarán sus impresiones, y hallarán que todos son católicos de veras y todos desean el triunfo de la Igle-

sia y la independencia de la Santa Sede: hallarán que la fe ardiente y la moral cristiana y el espíritu de piedad religiosa no son patrimonio de los afiliados á una agrupación determinada, sino que en todas ellas se dan católicos convencidos y celosos, con iguales creencias, con iguales prácticas, con iguales aspiraciones, con igual entusiasmo por todo lo referente al bien de la Iglesia y á la salvación de las almas. Así han de rectificarse no pocas ideas y abandonarse viejas preocupaciones, que paralizaban hasta ahora toda acción católica en nuestra asendereada España.

Y no será el menos importante de los resultados obtenidos de la peregrinación obrera, el haber colocado á nuestros Obispos y á nuestro Clero al frente del movimiento católico de las clases obreras, promovido por la Encíclica *Rerum Novarum*. Más de una vez nos habíamos lamentado en nuestra Revista de que el Clero español no imitara el proceder del Clero belga, alemán, francés é inglés, aproximándose más á las masas socialistas y procurando imbuirlas la convicción, de que únicamente en la Iglesia católica pueden hallar el apoyo eficaz que necesitan, para las reformas sociales á que aspiran. Con ocasión de la peregrinación obrera, se ha efectuado una aproximación saludable entre los operarios de buen sentir y nuestro Clero y Episcopado, y de ella debe necesariamente resultar no sólo el mejor conocimiento de la situación de las clases obreras por parte del Clero español, sino el convencimiento, por parte de los obreros, de que el Clero se interesa vivamente por su suerte y que pueden contar con su patrocinio, con su abnegación, con su espíritu de sacrificio, con sus luces y sus prestigios, para la más pronta y más equitativa solución del pavoroso problema social que tantos peligros entraña. Durante muchos años, la escandalosa tolerancia de nuestros Gobiernos ha permitido á la prensa avanzada y á los políticos radicales, que inculcaran á las masas la idea de que el Clero católico era enemigo del progreso, de la libertad y del bienestar de las clases populares, logrando que una buena parte de los obreros miraran con recelo y aversión á la Iglesia y á sus ministros. Esta hostilidad de gran parte de los obreros ha motivado el alejamiento del Clero y la consiguiente preponderancia de ciertos jefes, que se han esforzado en descatonizar á nuestros obreros para mejor dominarlos. Muchos de estos infelices van ya desengañándose, y la obra de la peregrinación acelerará ese retorno del obrero español á las creencias y prácticas que había abandonado. La peregrinación preparará el triunfo de las doctrinas de la Encíclica *De Conditione Opificum*.

Acaso por este motivo ha manifestado el Papa León XIII tanto interés por la peregrinación obrera española. El triunfo de las doctrinas de la Encíclica *Rerum Novarum* es una de las aspiraciones culminantes del glorioso Pontificado de León XIII. Es curioso

observar la historia de los actos pontificios referentes á la cuestión social, que se han sucedido desde la publicación de la famosa Encíclica: carta á Mr. de Munt, carta á Mr. Descurtins, carta á Mr. Doutreloux, Obispo de Lieja. En cada país ha aprovechado León XIII la ocasión para dirigir una exhortación á los jefes del movimiento social cristiano. Estas exhortaciones han ido dirigidas precisamente á aquellos que más atacados han sido por su empeño en sacar triunfante el pensamiento social del Pontífice Romano, combatido, en nombre de una falsa prudencia, por cierta prensa religiosa, deferente en apariencia para con el Magisterio pontificio. Pero León XIII ha intervenido á tiempo y ha sancionado la conducta de sus leales secundados, manifestando con esto la grande importancia que S. S. da á su Encíclica *Rerum Novarum*. No es un grupo de génius inquietos el que mantiene viva la atención sobre esa Encíclica; es el mismo León XIII, que por actos formales y repetidos llama la atención sobre sus enseñanzas y reclama su aplicación.

No siempre esa Encíclica ha hallado el acogimiento á que era acreedora. Bien es verdad que su publicación produjo una emoción profunda, y amigos y adversarios de la Santa Sede reconocieron que nunca la cuestión social había sido tan magistralmente tratada, ni su solución tan bien prevista ni tan bien preparada. Pero la acción no correspondió á los elogios emitidos. Algunos se contentaron con alabar la grandiosidad y la belleza escultural del documento pontificio. Otros, temiendo que el éxito de la Encíclica les quitara la dirección de fuerzas católicas que manejaban á su gusto, se concertaron en la sombra para quitar prestigio á ese programa de acción social dado á los católicos. Los jefes del movimiento obrero, atentos á que la Iglesia podía desalojarlos de sus posiciones, tramaron la conspiración del silencio sobre ese nuevo evangelio de las clases pobres y desheredadas. Y ante esa actitud de católicos y acatólicos, el Papa no ha querido permanecer indiferente. Varias veces ha intervenido en el asunto, y siempre para alentar á aquellos católicos que por su adhesión á las enseñanzas pontificias eran combatidos por otros católicos.

El último acto de León XIII, en esa obra de reivindicación, ha sido la carta á Mr. Doutreloux, Obispo de Lieja. Este Prelado había defendido al Canónigo Pottier, desalentadamente combatido por sostener el criterio de León XIII relativo á las asociaciones obreras. El que con más talento rebatió á Mr. Pottier fué el Conde de Haussonville, uno de los jefes del partido monárquico francés, quien en un artículo publicado el 1.º de Marzo en la *Revue de deux Mondes* zahería la conducta de ciertos «predicadores novicios» y de ciertos «publicistas inexpertos», y particularmente de un «canónigo belga que ha sido alentado por unos u dos Obispos.» Uno de esos Obispos era el propio Prelado:

Mr. Doutreloux; y el Papa ha aprobado la Pastoral de este señor Obispo, ensalzando la *prudencia* y la *rectitud* que la han inspirado y la *oportunidad* con que ha sido publicada. Motivos semejantes motivaron la carta de León XIII al Conde de Mun y la que dirigió á Mr. Descurtins. Ha querido S. S. defender su obra contra los que han puesto empeño en anonadarla ó desnaturalizarla. Y así ha logrado que el criterio dominante en la Encíclica *Rerum Novarum* vaya prevaleciendo y que se lleven á la práctica las enseñanzas allí expuestas. El Episcopado y el Clero han abandonado en todas partes su retraimiento y secundan con actividad y eficacia la obra de regeneración social iniciada por León XIII. Esa plausible actitud del elemento eclesiástico ha producido ya efectos brillantes en muchos países, y á ella se debe en España la próxima peregrinación obrera, que tan grata ha de ser al con justísima razón llamado el *Papa de los obreros*.

E. LL.

LOS ENEMIGOS DE LA PEREGRINACION

Es edificante, consolador y hermosísimo el espectáculo que se desarrolla á nuestra vista (y lo que quizás es mejor que á la nuestra, á la de los indiferentes é impíos), con los preparativos de la gran peregrinación obrera.

Es ya un hecho descontado: la romería española será un acontecimiento magno en la moderna Historia de España, un suceso glorioso en nuestro movimiento católico, y uno de los mayores consuelos que ha de recibir Su Santidad León XIII en los calamitosos tiempos que corren para el Pontificado y para la Iglesia, y por lo tanto, para el mundo entero.

Según los cálculos más prudentes, el número de romeros ha de pasar de 8.000. No habrá diócesis, provincia ó región española que no esté dignamente representada en este ejército de la fe y de la piedad. El entusiasmo por ir á Roma es inmenso en todas partes. Si no van muchísimos más romeros, es por falta de recursos, no por falta de fervor y decisión.

¿Cómo ha de contemplar con indiferencia el infierno esta grandiosa manifestación de los sentimientos del pueblo español? ¿Cómo no había de ser blanco la romería de ataques, burlas, calumnias y de todo el género de oposiciones y contradicciones de que hechan mano los impíos contra todo lo bueno y excelente?

Quando se comenzó á organizar la peregrinación, tomaronla á broma; la despreciaron. En las secciones más ligeras de sus diarios publicaron cuatro cuchufletas, y en paz. Según ellos, si iban á Roma cuatro sacristanes, disfrazados de obreros, sería

todo lo de Dios. La proyectada romería sólo había de servir para que se demostrase una vez más que el pueblo ya no es de la Iglesia, ni del Papa, sino que en cuerpo y alma pertenece al liberalismo y á la revolución.

Pero la idea se desarrolla; crece al calor del entusiasmo religioso, como el trigo al calor del sol; en todas las localidades se organizan Juntas de propaganda, y acuden innumerables obreros diciendo: «Nosotros somos de Dios y del Papa; nosotros queremos ir á Roma».

Los ímpios comprenden que se trata de algo serio, de algo que promete ser grande, y para ellos de inmensa confusión y vergüenza, y no pueden disimular su sobresalto y cambian de repente de actitud y de procedimiento de ataque. Ya no es la risita despreciativa, á lo Voltaire, la que emplean: es el lenguaje del coraje, de la rabia y del pecho.

Las dominicales del Libre Pensamiento arremeten furiosas contra los esclarecidos varones, organizadores de la romería; y tratando de explotar los resentimientos de clase, la lucha social, dicen á los obreros: «Esos que véis al frente de la organización de la romería; esos que quieren llevaros á Roma, son ricos, son patronos, son fabricantes, son capitalistas; luego son vuestros enemigos, vuestros tiranos, vuestros explotadores; si os dejáis conducir por ellos, hacéis traición á vuestra clase y á vuestros compañeros, obráis contra vuestro interés de colectividad, trabajáis contra el porvenir de vuestros hijos».

¡Imbéciles! ¿Pero de veras habeis creído alguna vez que semejantes argumentos iban á producir algún efecto positivo? ¡Mentecatos! ¿Os pudisteis figurar que los obreros que iban á ir á Roma son susceptibles de prestar oídos al lenguaje con que las logias soliviantan á los obreros pervertidos que han arrojado á Dios de sus conciencias? ¿Cómo, jó tontos de capirote! pudisteis creer de buen fé que los obreros católicos son enemigos de los ricos, de los patronos, de los capitalistas?

¿Y á quién pensabais engañar, pintando como á tiranos, á explotadores y enemigos de los obreros, á los ricos que se pusieron desde el principio al frente de la romería? ¿Para que país escribíais, en el que se pudiera creer que el marqués de Comillas, v. gr., es enemigo, explotador y tirano de los obreros y de los pobres? Hablando de amor al pobre y al trabajador, aunque vosotros pagaseis con los intereses legales de la mora las cuentas que tenéis pendientes con los obreros que tuvieron el mal acuerdo de trabajar en nuestros monumentos y en vuestras mogigan-gas; aunque vosotros diéseis, no gracias, sino justicia estricta al pueblo trabajador, no podríais nunca compararos con el más pobre, con el más tibio, con el menos caritativo de los organizadores de la romería.

Así que en los pocos sitios á que llegó vuestro argumento (?),

una ruidosa carcajada lo saludó. Hacia falta; en estos trabajos serios no viene mal una notita cómica. El payaso, dijo no sé quién, cumple una función social como otra cualquiera.

Viendo que eso no servía, se dieron á inventar otra cosa. Entonces fué cuando se divulgó la especiota de que los obreros iban á Roma *alquilados*. Van á Roma, dijeron, porque les pagan el viaje, y los mantienen durante los días de romería. ¿Quién no va á Roma ó á la Meca en semejantes condiciones?

Si, sí; y á este argumento trataron de sacarle punta, poniéndolo en acción. A casi todas las Juntas organizadoras se acercaron varios obreros, ó que se decían tales, pidiendo pasaje gratuito y gratuita alimentación; queriendo, en una palabra, *alquilarse*, como habian decretado las logias que se *alquilaran*, para que tuviese consistencia de realidad el inventado argumento.

Pero ¡ni que fuéramos tontos! El pérfido discurrir de los sectarios sólo ha servido para una cosa; sólo ha producido un mal: que algunos obreros realmente católicos y entusiastas, desprovistos en absoluto de recursos, y á los que se les hubiera pagado con mucho gusto el viaje, no podrán ir á Roma; porque las Juntas, mirando por el honor y significación de la romería, se han negado á pagar el viaje á todos.

Ninguno de los obreros que va á Roma deja de hacer por su cuenta un sacrificio superior á sus fuerzas. Dadas las condiciones actuales de la clase trabajadora en España, los peregrinos gastan en el santo viaje más que gastaría un rentista de 3000 pesetas al año invirtiendo 600. Para muchos aún es más doloroso el sacrificio. Lo único que hacen las Juntas es ayudar á casi todos los peregrinos obreros, ayuda indispensable, y sin la cual serian estériles todos los esfuerzos y sacrificios de los pobres obreros.

No, tampoco les resulto este pérfido argumento. Y ahora, ¿saben ustedes lo que últimamente han discurrido? Un literatuelo de similor que, creyéndose un *Baudelaire*, no es más que un *badulaque*, y figurándose un *Zola* no es más que un *solo de violón*, ha echado á volar la especie de que las romerías son *poco higiénicas*, porque efectivamente son poco higiénicas las peregrinaciones de los moros á la Meca .. ¡Apaga y vámonos!... Esto sí que es peregrino modo de discurrir, y así se ganan reputaciones de Voltaires baratos, á diez céntimos la pieza.

X.

Kossuth y la independencia de la Hungría

El famoso agitador Kossuth, el que con Mr. Ledrú Rollin y Mazzini había formado el célebre triunvirato que durante tantos años encarnó el espíritu revolucionario de la Europa, falleció, rodeado de sus hijos, parientes y amigos, después de una agonía

de 11 horas, y casi nonagenario, en la Capital del Piamonte, el día 20 del trascurrido Marzo, á las 11 de la noche. La noticia de su fallecimiento cundió inmediatamente por toda la Europa. El telégrafo empezó á funcionar casi sin interrupción entre Turín y Budapest y entre estas dos ciudades y Roma. Crispi y los principales personajes políticos del reino de Italia se apresuraron á manifestar su pésame á la familia de Rossuth. El Municipio de la Capital de Hungría fué el primero que del extranjero se asoció al sentimiento de la familia del finado. Igual manifestación hizo el Barón de Bay, presidente de la cámara de magnates húngaros. E ininidad de patriotas magiares, ó encomendaron al telégrafo la expresión de su profundo pesar, ó se pusieron en camino de Turín para prestar el último homenaje á los restos del que en 1848 se puso al frente del partido nacional, que mejor debió llamarse partido separatista, en la Hungría. Los Diarios de Budapest salieron orlados de negro; en casi todas las casas de la Capital de Hungría se izó bandera á media hasta en señal de luto, el Municipio determinó costear unos solemnes funerales, enviar una comisión á Turín, presidida por el Vice-Síndico, para asistir á las honras fúebres decretadas por el Ayuntamiento turinense, satisfacer los gastos del traslado á Budapest del cadáver y abrir una suscripción nacional para perpetuar la memoria del finado. Al mismo tiempo, grupos numerosísimos recorrían las calles de la Capital de Hungría, aclamando frenéticamente al gran patriota, al que por tantos años había simbolizado la independencia nacional, la separación de Hungría del Imperio de los Haubsburgos.

El Gobierno liberal húngaro, viendo que las manifestaciones hechas en honor de Kossuth tomaban un carácter marcadamente separatista y hostil á la unión Austro-Húngara, se vió en la necesidad de reprimirlas y hubo en las calles de Budapest verdaderas batallas entre los manifestantes amotinados y las fuerzas del Gobierno. Púsose con este motivo de manifiesto la inconsistencia de la monarquía Austro-húngara, pues en Budapest, gracias á la actitud de la prensa y á los acuerdos del Municipio, el partido de la secesión se manifestó verdaderamente imponente. Tan subido fué el tono separatista de la calculada apoteosis, que Crispi, apesar de su admiración por Kossuth, consignada en sus primeros telegramas, creyó de su deber, en calidad de Ministro de un Rey aliado del Emperador Francisco Jose, telegrafiar al Gobernador de Turín, disponiendo que se suspendieran todas las manifestaciones oficiales de luto, hasta que fueran conocidas las resoluciones adoptadas por el Gobierno de Hungría.

Este abandonó muy pronto la senda del deber en que en nn principio se había colocado. Olvidando el Ministerio Wekerlé sus juramentos y sus deberes de lealtad hacia el legítimo Soberano, pactó muy pronto con los jefes del partido separatista é infirió una herida gravísima á la unidad del Imperio. El odio sectario de

Wekerlé le hizo olvidar de sus deberes de Ministro. El empeño que este sectario tiene en que sean aprobadas las leyes eclesiásticas, que tanta oposición han hallado en Roma y en la Hungría católica, fue aprovechado por el partido de la secesión, que se comprometió á votar las leyes eclesiásticas si el Gobierno consentía en la apoteosis póstuma de Kossuth, y prometió votar en contra de ellas si esa apoteosis era prohibida. Wekerlé capituló vergonzosamente, y de acuerdo con el Gobierno el Presidente de la Cámara propuso á los Diputados que la Asamblea asistiera oficialmente al sepelio de Kossuth, que en nombre de ella se le ofreciera una corona fúnebre, que se suspendieran las sesiones en muestra de duelo nacional y que la memoria del *héroe* del 48 quedara perpetuada en un monumento que debían erigirle sus conciudadanos agradecidos. No es, pues, de extrañar que, puestos de acuerdo el partido de la secesión y el Gobierno liberal, la llegada del cadáver á Budapest diera ocasión á una manifestación grandiosa: cerráronse todos los establecimientos, enlutáronse todas las calles, y todos los hombres, con su lazo de crespon negro en el brazo, y todas las mujeres cubierto con velo negro el rostro, fueron á esperar los restos mortales á la Estación ferroviaria y acompañarles en cortejo fúnebre hasta el sitio designado.

Y sin embargo, Kossuth se había sólo distinguido por su odio á la dominación imperial. En 1848 logró hacer proclamar la independencia de la Hungría, y fué aclamado por los patriotas Presidente de la Nación emancipada. Aunque agitador fogoso, era de corazón tan tímido, que al acercarse las tropas imperiales á Budapesth, dejó á sus partidarios el encargo de batirse, y él se retiró á Turquía para observar desde allí el curso de los acontecimientos. Reclamado al Sultán por el Emperador de Austria, y temiendo ser entregado por sus huéspedes, fué á asilarse á Turín, capital del Piamonte, cuyo Rey, á la sazón en guerra con el Austria, acogió al proscrito, en odio á los austriacos. Y en Turín continuó viviendo, aunque representando el espíritu húngaro independiente, casi olvidado de los directores de la política europea. No tiene, por lo tanto, Kossuth otra significación que la de haber simbolizado, desde 1848, las aspiraciones húngaras á la secesión de la monarquía austriaca. En ese concepto se le ha consagrado el homenaje nacional de que hablamos, con aprobación y cooperación efectiva del Gobierno de Budapesth, de ese Gobierno que ha jurado fidelidad á la Dinastía austriaca, y que representa en Hungría la autoridad soberana de Francisco José. Tamaño escándalo político sólo ha merecido los elogios de los revolucionarios, y la execración de todos los hombres de orden.

Como se vé, la Hungría ha querido afirmar solemnemente sus aspiraciones á la independencia. Es esa una pretensión verdaderamente suicida. Separada del Austria, descendería la Hungría al rango de potencia de tercer orden. Sería algo así

como la Bulgaria ó la Servia. Y hoy es una de las potencias más respetadas y más prósperas de la Europa. Porque no es una parte integrante del Imperio austriaco. Es un reino que tiene Gobierno propio y que goza de verdadera y amplia autonomía; con su Ministerio, con su Parlamento, con su Senado, con su legislación especial; y si bien el Rey de Hungría es el mismo Emperador de Austria, ambos Estados forman una federación, cuya prepotencia pertenece á la Hungría. La influencia de Viena sobre Budapesth es insignificante, mientras que la de Budapesth sobre Viena es siempre decisiva. Siempre y cuando se presentan autagónicos los intereses del Rey de Hungría y los del Emperador de Austria, ceden estos últimos y son aquellos preferentemente atendidos. Asi es que la Hungría sale verdaderamente gananciosa en continuar federada con el Austria. ¿A qué vienen, pues, esos alardes de independendencia? Qué significan esas aspiraciones separatistas? ¡Pobre Hungría si triunfaran los ideales acariciados por Kossuth!

E. Ll.

JESÚS EN LA ESCENA

Asunto es éste tratado ya en distintas ocasiones, con motivo de representarse lo que se llama *tragedia sacra*, sin duda porque el asunto que se pone en escena tiene un final desastroso, y porque el personaje principal y los secundarios reflejan algo que quiere parecer divino ó sagrado.

Oímos decir por todas partes que esa clase de tragedias están prohibidas por la superior autoridad, y no obstante continúan anunciándose. No sabemos responder de la exactitud de aquella afirmación, pero plácenos consignar que estos ecos nos parecen protestas indirectas contra la presentación de Jesús en la escena: recuérdese sino que al estrenarse en uno de nuestros teatros, no ha muchos años, una producción en la que intervenían personajes directamente relacionados con Jesucristo, hizo de ella la crítica unánime elogio, consignando la habilidad del autor, por haber sabido sustraerse á la personificación de Jesús en la escena. Con todo, el drama á que nos referimos mereció las censuras de Roma.

Y á pesar de las protestas, el mismo público que las formula se contradice por el mero hecho de acudir á los teatros en donde se dan aquellos espectáculos. La benévola crítica de los diarios de la localidad, y más que nada, la curiosidad que todo lo avasalla, mueven el ánimo á rechazar escrúpulos y á olvidarse de pasadas ideas. Porque fuerza es confesar que en esta curiosidad de que hablamos, entra en mucho el fervor religioso, y no se va á

ver á *Jesús* única y exclusivamente como un mero pasatiempo, sino también para consolidar mejor el alto concepto que de El se tiene formado. La circunstancia de ser el teatro punto de reunión asequible á todas las clases sociales, y lo que se representa estar al alcance de todas las inteligencias, es una gran ventaja para lograr en la multitud los efectos apetecibles: los sentimientos, expresados por el actor, producen en el heterogéneo conjunto las impresiones que aquel se propuso, por medio de su Arte; la plasticidad ayuda poderosamente á fijar las ideas en el cerebro del auditorio, influyéndole en pro de Jesús con la exhibición de escenas, exornadas con todo el aparato de la vida real. Las persecuciones é injusticias de que Jesús fué objeto, conmueven hondamente y parece como que se hacen más sensibles en la escena, que en el libro y en el dibujo: la ternura, la sublimidad, la sencillez y humildad en la dicción, el entusiasmo del pueblo fiel, los hondos dolores de la amantísima Madre se contornean y adquieren relieve, expresados por el artista, secundado por otros elementos que completan su labor. El cambio de ciudades y lugares se hace gráfico y comprensivo por la decoración marítima, campestre ó arquitectónica, por las variantes de la indumentaria, etc. Todo lo cual viene en apoyo de la representación escénica de la figura de Jesús.

Pero estas ventajas no resultan en la práctica. Por muy cristianos que sean los motivos que al teatro nos conduzcan, por mucho que nos propongamos meditar *de cerca* los pasos de la Sagrada Pasión, siempre la figura del actor será un estorbo á nuestro propósito, por muy bien que desempeñe su papel: el artista sólo podrá reflejar de Jesús la parte material y exterior, digámoslo así, lo que le hace superior á otro hombre cualquiera, en cuanto á lo físico por la belleza de la forma, en cuanto á lo intelectual por su suprema Ciencia y en lo tocante á la moral por la sublimidad de sentimientos; todo esto, por supuesto, manifestado al público por la palabra ó por los hechos: nos presentará, en fin, á Jesús en su humanidad, pero le será imposible darnos la más pequeña idea de su divinidad.

El teatro es sitio donde se presenta lo ficticio con las apariencias de lo verdadero, y si bien es cierto que se han escrito dramas históricos, por medio de los cuales se refleja con exactitud más ó menos feliz el carácter de los personajes que salen á escena ¿qué punto de comparación tiene el protagonista de esos dramas con el de las tragedias sacras de que venimos hablando? ¿Por ventura, repetimos, no ha de verse en Jesús algo más que un ser superior á los demás hombres? *algo* que el público no puede traslucir por más que la inspiración del artista rayase en lo genial? Por todo esto creemos que huelga todo esfuerzo más que hagamos para demostrar la inconveniencia de poner á Jesús en la escena: el marco del escenario es insuficiente

para que en él pueda presentarse y desarrollarse la colosal figura del Redentor de la humanidad.

Dijo *La Vanguardia* á este propósito:

«Siempre nos ha parecido peligrosísimo el presentar á Jesús en la escena; la figura de Jesús, tal como la concibe el cristiano, rechaza casi en absoluto la pequeñez del escenario; presentarla en su aspecto humano solamente, fuera irreverencia que no pasaría sin protesta. Pero cuando hay grandeza de concepción en el poeta, cuando se logra apartar de la figura del Redentor, todo elemento de tendencia ó de índole cómica, cuando se demanda el auxilio de las demás artes, de la música, del decorado, de la indumentaria, etc., para imprimir mayor seriedad y grandeza á Jesús, cuando además se siguen fielmente los textos bíblicos y se hace hablar al Salvador con la sublimidad y sencillez con que habla en los Evangelios, el peligro y la irreverencia desaparecen en gran parte, ya que la representación produce en el espectador un efecto imponente y severo que excluye todo asomo de burla, toda tentativa de impiedad.»

Precisamente en nuestro concepto lo que aumenta la profanación que de la figura de Jesús se hace en la escena, es ese aparatoso *auxilio* de que se le rodea: la música junto con el decorado, y ambos elementos combinados con la indumentaria, en la cual los comparsas y figurantes juegan la mayor parte, redundan en desdoro de la grandeza de Jesús, de que nos habla el apreciable diario. Los Evangelios no se escribieron para las tablas: las parábolas no son para recitadas por un simple mortal convertido en Jesús por obra y gracia del dibujante de figurines, del atrezo y demás concurrentes á la unidad dentro de la variedad escénica. El verdadero destino que debe darse á los poemas en que sea protagonista el divino Jesucristo es este: déjen-se á un lado tramoyistas, pintores escenógrafos, etc: cójase el ejemplar y léase por completo; hágase una selección de los versos más á propósito para la lectura pública, y una vez seguro el lector de su acierto para el caso, pronúncielos ante un auditorio católico, ó sea, impuesto de la verdadera misión de Jesús sobre la tierra con sus dos atributos de divinidad y humanidad. Esto en el supuesto de que quiera *adornarse* el poema por medio de la recitación.

De esta suerte se evitarán escenas, que si resultaron muy naturales, dado el orden de los acontecimientos, en la vida de Jesucristo, presentadas... así sin más ni más, para aprovechar lo mejor posible el tiempo que ha de durar una representación, resultan de efecto contraproducente. No se presenciaron otras que, en lugar de producir en el ánimo el terror de lo trágico, llegan á repugnar por su grosero realismo. Se curará el público de oír ciertas frases que, dichas con todo el aparato de la verdad, aun-

que sea pasajero, hieren todo oído medianamente sensible por envolver una profanación...

¡Profanación hemos dicho! ¡Cuántas veces viene á atormentar nuestra memoria un hecho que presenciarnos en nuestra infancia! Por una coincidencia que no importa para el caso, nos hallábamos entre bastidores, mirando y escuchando embobados las escenas de la Pasión, que por aquel entonces atraía mucha concurrencia al Gran Teatro del Liceo. Llegó el momento en que el actor encargado del papel de Jesús tiene que lavar los pies á sus discípulos; van desfilando uno á uno en el más profundo silencio: al retirarse Jesús, les ofrece los brazos abiertos, que aceptan conmovidos los Apóstoles. Aprovechando la ocasión del largo *mutis*, el protagonista conversaba con los que se le iban acercando, pero en voz baja, de manera que el público no se enterase. Tócale el turno á Judas y ¡cuál no sería nuestro asombro al oír de labios del que representaba á Jesús palabras de baja ralea, porque aquél no aceptaba su abrazo! Estas palabras se repitieron subiendo de color á cada acto...

Fuera estos espectáculos que resultan profanaciones: á ningún fin moral conducen. Ni el incrédulo va á convertirse, ni el creyente añade un átomo á sus convicciones católicas. ¿Porque subsisten, pues? ¡Lo adivinamos! Merced á ellos lucran empresas y actores, que así se aprovechan de la curiosidad, de la inocente curiosidad de la gran masa del público, ávida siempre de impresiones de toda clase.

U. A.

PERLAS MASÓNICAS

EL REY DE ITALIA 33°

Con este título publica el Diario Católico de París, *La Croix*, un precioso documento que arroja no poca luz sobre los destinos de la dinastía Saboya. Lo traducimos para enseñanza de los lectores de la Academia Calasancia. Dice así:

«El doctor Bataille ha publicado, á fines de Enero, un documento que establece de una manera irrecusable, no solamente que el Rey de Italia Humberto I es francmasón, sino también que ha sido elevado hasta el grado 33.º Nuestros lectores verán con interés esta pieza, de la que el Doctor ha dado el texto italiano, y la traducción francesa.

«A la Gloria del Grande Arquitecto del Universo.

EL GRANDE ORIENTE DE TURÍN

Supremo Consejo del rito escocés, antiguo y aceptado, sólo y

único reconocido legal por la jurisdicción masónica del Reino de Italia y de sus colonias.

A los Venerables de las Logias que están bajo nuestra obediencia.

NOTIFICACIÓN

«El Supremo Consejo de los 33° y juntamente con él, el Gran-Oriente simbólico de España, con el cual nos unen lazos de una amistad fraternal, nos han dado recientemente una prueba de la manera en que la Masonería de este ilustre país toma parte, así en los sufrimientos que nos afligen como en las satisfacciones que halagan nuestro amor propio nacional. A la verdad, ellos han acudido con ofrendas en dinero á reparar el desastre de Casamicciola y el cólera de Nápoles durante el trascurso del año pasado; y hé aquí que, ahora, han remitido al Supremo Consejo de Italia dos diplomas destinados á *Su Magestad el Rey de Italia y á S. A. R. el Duque de Aosta*, por los cuales la Masonería española manifiesta su admiración por el acto de caridad pública realizado por nuestro Soberano y su augusto hermano, cuando fueron á confortar á los desgraciados coléricos de Nápoles y de las otras localidades de Italia invadidas por la epidemia.

«Su Magestad el Rey Humberto, y S. A. R. el duque de Aosta, ya investido del grado 33° desde que subió al trono de España, están pues inscritos, por votación unánime de dicho Supremo Consejo y con fecha de 18 de Marzo de 1835, (era vulgar), como miembros del mismo Supremo Consejo Español.

«Los diplomas antedichos llevan las firmas siguientes:

«Sob.: Gr.: Com.: Gr.: Maes.:, Manuel Becerra, ex-ministro de Ultramar, ex-Senador, Diputado á Cortes 33°; Isidoro Villarino del Villar 33°; D. Juan Bravo 33°, Gr.:; Conc.:; Juan Utor Fernández 33°.

«Hemos creído oportuno poner este hecho en conocimiento de nuestros hermanos, *con la recomendación especial de no dejar traslucir la noticia fuera de nuestros talleres, á fin de que no cunda por el mundo profano*, y alimentamos la confianza de que les será particularmente agradable el ver como la Masonería española aprieta fuertemente los lazos que la unen á los masones italianos; además de que se podrá observar como no solamente la Masonería del Rito Escocés, sino también la del Rito simbólico, han preferido el conducto de este Consejo Supremo para hacerse el intérprete de sus sentimientos, para con la Italia y su Rey.

«Digna aceptar, muy queridos hermanos, el abrazo fraternal, y perseverad mostrándoos los activos mantenedores de la justicia, del derecho y de la caridad en provecho de la humanidad que sufre.

El Sob.: Gr.: Comend.: Dr. Timoteo Riboli 33°

El Secr.: Gen.: Gr.: Canc.: Juan Cecconi»

EN UNA CASA DE EMPEÑOS

Enrique Granier era un francés de gran corazón, y sin embargo, se había establecido en Méjico abriendo una casa de empeños.

No quiere decir eso, que yo juzgue hombres de malos sentimientos á los que tienen casas de empeños; pero hay, sin embargo, necesidad de tener un carácter especial, para fundar la propia ganancia en la desgracia ajena; porque es seguro que solamente van á buscar el remedio en el empeño los perseguidos de la suerte, y allí se apuran hasta los últimos recursos, y allí tras lo supérfluo, va lo necesario: después de la joya, llegan hasta el colchón y las prendas más indispensables.

Se encuentra allí, es cierto, la salvación del momento, pero se prepara la angustia de lo porvenir.

A pesar de eso, siempre el que sale de aquella casa muestra en el rostro algo de satisfacción; y es natural, pues si á dejar fué la prenda, sale con el dinero que remedia una necesidad ó salva de un compromiso; si á recuperarla fué, sale contento con ella, porque vuelve á reconquistarla, después de haberla creído perdida, y es ya un augurio de mejores tiempos. Pero, á pesar de todo, es triste contemplar aquella multitud de objetos, cada uno de los cuales es el simbolo de una angustia, de un dolor, y cada persona de las que vienen sueña que lleva un objeto de gran valia, se encuentra con el frío razonamiento del comerciante, que no ve en aquello el último recurso de una familia sin pan, sino una prenda que definitivamente puede venderse para cubrir la suerte principal y el interés del préstamo.

Y yo le hacía todas estas reflexiones á Granier, y él me contestaba:

—Mire usted, en el fondo tiene usted mucha razón; pero en la lucha por la existencia los sentimientos románticos entran por muy poco en el cálculo. Además, el hombre se acostumbra á todo; se procura tratar á los clientes con la mayor benevolencia, y siempre viene con la reflexión este razonamiento: tienen que existir estas casas de empeños; y de no tenerlas yo, las tendría otro, que quizá fuera más rudo y sacrificara á los pobres.

—Tiene usted razón también; pero ahí, detrás de ese mostrador, habrá usted comprendido todas las miserias de la humanidad, habrá usted presenciado escenas conmovedoras.

—Sí, cosas terribles; oiga usted una historia muy sencilla, pero que á mí me conmovió profundamente.

—Cuéntemela usted.

—Era una tarde del mes de Diciembre; el tiempo estaba muy frío; oscurecía y ningún parroquiano asomaba por la puerta de

la casa. Iba yo á cerrar para arreglar mis cuentas, cuando entró una niña p queñita, como de seis años, vestida muy pobremente, y que se acercaba como vacilando y con timidez al mostrador. Me causó compasión instintivamente y como no alcanzaba para hablarle, me incliné sobre la mesa para verle la cara.

—¿Qué quieres?—la pregunté.

—Nada.

—¿Cómo nada? Pues entonces, ¿á qué vienes?

—Porque mi papá y mi mamá están enfermos en la cama, y no han comido en todo el día, porque no tenemos, y yo vengo á empeñar.

—¿Vienes á empeñar? ¿qué traes para empeñar?

Y ella entonces sacó de debajo de un viejo y destrozado rebocillo con que se cubría, un objeto pequeño, que me presentó con una especie de orgullo, al mismo tiempo que de dolor, y como quien sacrifica una riquísima alhaja, diciéndome:

—Pues vengo á empeñar mi rorró.

Era un rorró viejo y maltratado, que seguramente no valía dos céntimos.

Comprendí todo lo que pasaba en el corazón de aquella niña; el valor tan grande que daba á su muñeca; el doloroso sacrificio que hacía por sus padres al empeñarlo, y la esperanza tan lisonjera de obtener por él una gran suma.

—¿Y qué hizo usted?—le pregunté á Granier.

—Pues sentí un nudo en la garganta, y sin poder hablar, le dí á la niña cinco duros y le devolví su rorró, y me quedé llorando como un tonto sobre el mostrador.

LA TRANQUILIDAD DE LOS PADRES

(MONÓLOGO)

Por la noche cuando vuelvo de la oficina, Pablo conoce inmediatamente mis pasos en la antecámara y sin darme tiempo á que deje el sombrero y el bastón, se me sube por las piernas y se cuelga de mis hombros, lanzando alegres gritos que anuncian mi llegada:—«Aquí está papá!... Buenos días, papá!»

Es un diablillo de cinco años, delicado, muy crecido y tan travieso, que trae la casa continuamente revuelta.

La habitación no basta para contener el desorden de sus jugetes. Por un lado, yace un polichinela, boca arriba y sonriendo aun, á pesar de la ancha herida que le abre el cráneo; por otro lado, se ve un montón de vagones destrozados, como si hubieran chocado dos trenes; más allá, un borrego de tres patas despunta la hierba imaginaria del suelo...

Desde la mitad de la escalera le oigo ya restallar su látigo sobre el caballo de cartón, bombardear al enemigo, conducir al

asalto á sus soldados de plomo y gritar: «¡Victoria!» Y este alegre estrépito, me tranquiliza y me divierte mientras subo.

Pero cuando las travesuras de Pablo han traspasado ciertos límites, cuando su conducta ha merecido algún reproche, el mismo peso que tiene sobre su conciencia, modera sus impetus, en vez de saltar á mi cuello, se acerca á mi con timidez, con inquietud, y se contenta con presentarme su frente para que lo bese.

Entonces adopto yo un tono severo para pedirle cuenta de sus hechos; lo llamo «señorito Pablo,» le hablo de usted, y salpicando mi reprimenda de terribles frases, le predigo que de no ser bueno, nunca llegará á ser un hombre.

El me escucha inmóvil, confuso y con los ojos bajos, y á veces, apenado profundamente su pobre corazoncito, amargas lágrimas inundan sus pupilas.

Entonces hacemos las paces, porque en aquel momento psicológico estoy más apurado que él y falta muy poco para que sea yo el que pida perdón.

Pero la anterior semana, el asunto fué mucho más grave. El «señorito Pablo» se reconocía tan culpable, que ni aun vino á mi encuentro, permaneciendo en un rincón del comedor, vergonzoso y temblando como un criminal que aguarda su sentencia.

—Espero, dijo mi mujer duramente, que por esta vez lo corregirás.

Alicia se empeña en que yo tengo la culpa de que Pablo desobedezca, de que Pablo sea travieso, de que Pablo lo rompa todo.

—¿Qué sucede? pregunté.

—Mira, exclamó ella abriendo la puerta de mi gabinete;— mira. Miré y ví, en efecto, que á la izquierda de la chimenea había un vacío. De dos jarrones japoneses que adornaban la cornisa, faltaba uno.

—¿Y el otro?

—Roto en mil pedazos.

Aquello me exasperó. Yo amaba aquellos vasos, como un niño ama un juguete largo tiempo deseado. Durante un mes, habían despertado mi codicia desde el escaparate de un anticuario y al fin los había adquirido, á fuerza de economizar para reunir el subido precio que por ellos pedían.

En sus paredes, un jinete fantástico con el manto flotante y el sable en alto, perseguía desatinadamente á otro más pequeño. Yo había inventado una fábula, que con frecuencia tenía que repetir, dramatizándola cada vez más.

Mi hijo me escuchaba sentado en mis rodillas y su imaginación seguía sobre el cacharro en los azulados horizontes de aque-

llos fantásticos países, aquel desenfrenado galope á través de los bosques, de los ríos y de las montañas.

Algunas veces lo había sorprendido de pié sobre una silla, hablando en voz baja al héroe victorioso, tal vez implorando perdón para el fugitivo, y sin duda, aquel día, un movimiento brusco, una atención demasiado apasionada, había ocasionado probablemente la catástrofe que tanto me afligía.

—Eres un bribón! —exclamé furioso.—No te quiero ¡véte!

Le prohibí la entrada en mi despacho para siempre, y sin recordar que yo mismo había sido otro Pablo, declaré que los niños eran inaguantables, torpes y el castigo de las familias.

Nos sentamos á la mesa. Como hacía falta un castigo ejemplar, decidí que Pablo se quedara sin postre y que se acostase inmediatamente después de comer.

El niño, muy digno, no lloró ni dijo una sola palabra. La comida fué triste, pues generalmente Pablo la alegraba con su graciosa charla, y aquella vez se vengó con su silencio, resultando nosotros más castigados que él.

Al llegar á los postres, Pablo dijo hercicamente á su madre: —Mamá, hájame. No tengo hambre; quiero dormir.

La madre lo bajó de la mesa y lo puso en mis brazos. Yo lo oprimí contra mi pecho, un poco turbado y reteniéndome para no perdonar demasiado pronto. Después Alicia se lo llevó á acostar.

No tuve valor para acabar la comida sin él y me fui al salón. Allí, en medio del humo de un cigarro, me puse á pensar en los niños.

¿No los castigamos á veces con demasiada crueldad? No tienen la edad de la razón, y ya los quisiéramos impecables, más sensatos que nosotros mismos. ¡Ay! ¿es que nosotros somos tan cuerdos?

Esta reflexión me trajo á la memoria una pregunta que un día me dirigió mi hijo.—«Dime, ¿quién es quien riñe á los papás?»

Tenía mucha pena por haber dejado á mi hijo sin sus postres, así es que en cuanto mi mujer se puso á bordar, abandoné el salón subrepticamente, abrí sin ruido el armario del comedor y recogí un gran cucurucho de confituras que oculté como pude bajo la bata.

Cuando llegué á la alcobita de Pablo, ví con desesperación que estaba ya dormido. Me incliné para besarlo dulcemente y ¡cosa extraña! sus mejillas se pegaban á mis labios.

¡Como que las tenía embadurnadas de dulce!

La madre había tenido la misma idea que yo. Oh! las mujeres!...

A media noche, Pablo tuvo una pesadilla, y sentándose en la cama nos llamó con voz ahogada. Nos levantamos precipitada-

mente, corriendo hácia él: nos miró con la vista extraviada y después, echándose de lado, se volvió á dormir. Pero hasta el amanecer, su sueño fué agitado,

—Eso es efecto de la emoción de ayer, me dijo Alicia.

Por la mañana se despertó más temprano que de costumbre, triste y palido: su cabeza ardía, su pulso latía violentamente. Muy inquieto mandé llamar al médico.

Este, después de examinarlo, recetó, y apurado por nuestras preguntas, acabó por confesar que no podía decir nada hasta la segunda visita.

—Sin embargo, añadió, espero que no será cosa de cuidado. Tratad de que se levante y si veis que juega y vuelve á estar alegre y turbulento, como de costumbre, no me llaméis, porque será señal de que está curado. Un niño que salta y juega está bueno.

En cuanto se marchó el doctor me despedí de Pablo, que parecía muy abatido, y recomendando á la madre que me avisara inmediatamente si ocurría algo grave, me marché lleno de ansiedad.

Siempre me acordaré de aquel día. Me fué imposible trabajar ni un minuto y cada vez que el portero me anunciaba á alguien, figurábame que me buscaban á causa del niño, dándome el corazón una terrible sacudida.

A cuantas personas entraban en mi oficina para hablar de asuntos de la administración, les daba parte de mi pena, les refería la aventura del jarrón, mi cólera, el castigo demasiado severo, sin duda, la entereza del chiquitín. Me trataba de estúpido, me acusaba de haber sido un Nerón y de tener la culpa de su enfermedad.

Ngros presentimientos me invadían. Veía á Pablo enfermo, con una pneumonia, ó una meningitis ¡qué sé yo! Soñaba en las largas noches, pasadas á su lado, en las lágrimas que corren silenciosas cerca de la cèbecera, y oía, á través del ruido de la cucharilla que removía la repugnante medicina, los tristes gemidos del pequeñuelo...

—
No tuve paciencia para esperar más, y sali de la oficina antes de la hora.

Al pasar por delante del bazar en donde muchas veces me detengo para comprar juguetes á Pablo, me cargué los bolsillos de bibelots, y volví á correr como un loco.

En el portal de mi casa tropecé, sin excusarme, con gentes que subían: subí los escalones de cuatro en cuatro, llegué ante mi puerta, jadeante, sudoroso, y allí, sin valor para seguir adelante, me puse á escuchar.

Escuchaba si oía á Pablo jugar, charlar, diablear, en fin.....

Pero no, nada, un silencio completo reinaba en mi casa: un silencio que me heló la sangre en las venas.

Abrió y llegó mi mujer.

—Y bien! ¿y el niño?... Mal verdad?

Alicia me miró con un aire extraño que no comprendí entonces y después me dijo:

—¡Ha roto el otro jarrón!

—¿Dónde está? ¿Dónde está? grité yo.

Lo encontré en el salón escondido detrás de una butaca: lo estreché en mis brazos: lo besé con frenesí, y á través de mis lágrimas que ya no podía retener, le grité en la misma cara:

¿Has roto el segundo jarrón, querido mío? ¿Has roto el segundo vaso, ángel mío? Toma. monín, toma juguetes; registra mis bolsillos; mira, para ti; todo esto para tí!

Y como mi mujer me miraba estupefacta, yo le dije aliviado de mi pena, feliz, completamente feliz:

—Acabaré por creer que la tranquilidad de los padres consiste en tener niños que alboroten mucho, y que rompan todo cuanto encuentren á la mano.

X.

LA MUERTE EN EL TOCADOR

Es inútil, querida mamá, iré al baile de la señora*** Si me muero, bien, no se muere más que una vez. El capitán** se hallará en la reunión, mañana marcha, y no puedo dejar de ir.

—Carlota, ¿por qué esta terrible obstinación? Bien sabes cuanto has padecido toda esta semana; y el doctor asegura que estas noches son para tí muy peligrosas.

—El doctor, mamá, no conoce mi enfermedad.

—Créeme una vez siquiera en la vida, hija mía; un baile es para tí hoy un gran sacrificio; está diluviando, el viento sopla con violencia, vas á coger mucha humedad y frío. Te ruego que te quedes conmigo, hazme compañía esta noche y serás muy buena hija.

—Cualquier otro día haría lo que V. me pide, pero hoy es preciso que me presente en casa de la señora*** aun cuando cayera el agua á torrentes.

—Voy á vestirme ahora mismo, dijo la jóven, y se puso á gorgear de un modo jovial y desembarazado, como para expresar su determinación, á pesar de los ruegos y reflexiones de su mamá. Próxima á cumplir veinte y seis años, su corazón no había experimentado otros sentimientos que los del mas refinado egoísmo. No se había visto otra criatura de salud más delicada, á la par que frívola y vana, era el tormento de su cariñosa ma-

dre, y también la causa de mil disgustos con todas las personas conocidas. La fortuna de la madre era modesta, insuficiente casi para sostener la casa bajo un estado cómodo, para una familia de una clase mediana, á la cual pertenecían. Sin embargo, la hija satisfacía sus caprichos en el vestir, se la veía en todas partes y siempre se presentaba con la mayor elegancia.

No era hermosa ni simpática, y con su tez amarillenta y su enflaquecimiento debía alejar de sí toda clase de pretensiones; no obstante se creía agraciada, se valía de maneras bastante libres, y aun si se quiere provocativas; hablaba atolondradamente, de manera que, en las sociedades poco escogidas donde ella se había lanzado, atraía los hombres á su alrededor, halagándoles sus deseos. Hacía dos años que conocía á esta jóven, y su palidez continúa, su tinte azafranado y algunos otros síntomas me indicaron hasta la evidencia el padecimiento de una enfermedad del hígado.

La última vez que la había visto se encontraba con grande opresión y frecuentes dolores en la región del corazón, que me revelaron una lesión orgánica de esta viscera. Este accidente me aconsejó prevenir á su madre que la señorita Carlota podía morir repentinamente; que el baile, las noches dedicadas á las grandes reuniones, al teatro y á las fuertes impresiones, le eran sumamente perjudiciales; empero las reflexiones de la madre, por dulces y tiernas que fuesen, nada adelantaban sobre el inflexible carácter de su hija.

Acababan de dar las ocho de la noche en el reloj de una iglesia próxima, cuando Carlota, trinando su refran favorito, tomó una palmatoria y se fué á su cuarto para vestirse, riñendo á la criada, porque no tenía preparado todo lo que ella había dispuesto ponerse aquella noche. El tocador era para Carlota un asunto de la más alta importancia, y su madre, que no se había movido del lado del fuego, en un pequeño gabinete, absorbida en la lectura de un libro de devoción, no hizo caso alguno de que su hija continuára vistiéndose, cuando dieron las nueve en el mismo reloj. El ruido que acostumbraba hacer con las idas y venidas, y el roce de los vestidos, todo había cesado hacia cerca de media hora. La señora D. creyó que su hija se hallaba sentada mirándose al espejo, ocupada en su peinado, ó aplicándose los cosméticos. Más tarde pensó que Carlota se detenía más tiempo del que acostumbraba en su tocador, y apartando el libro de los ojos, y revolviéndole pensativa su modesto fuego: ¡todo es para el capitán! decía á sus solas, ¡quiere parecer hermosa! ¡Oh, Dios mío! yo también he sido jóven, todo esto es muy disimulable. En este momento el viento rugía con violencia desde fuera, tanto que la señora D. se aproximó maquinalmente al fuego y oyó las nueve y media. ¿Qué hará Carlota? Puso el oído

atento, y no percibiéndose el menor ruido en el cuarto, tocó el timbre y apareció una joven sirvienta.

—Isabel, ¿no ha salido Carlota todavía?

—No, señora; hace media hora que le dejé los hierros calientes, y solo le faltaba muy poco para concluirse el peinado. Tenía puesto el vestido, me dijo no me necesitaba y que pronto concluiría.

—Anda á ver si falta alguna cosa á la señorita, y adviértele que son las nueve y media.

La criada llamó á la puerta muchas veces sin que la contestaran. En el cuarto reinaba tan profundo silencio, que solamente era interrumpido por los silbidos del viento. ¿Qué hará la señorita Carlota? ¿Se habrá dormido? ¡No es posible! Durante estas reflexiones la sirvienta llamó una y otra vez con más fuerza, pero inútilmente. Principió á impacientarse, escuchó algunos instantes, y finalmente empujando la puerta con todas sus fuerzas, abrióse y entró. Carlota se hallaba sentada delante del espejo. Señorita, dijo Isabel dirigiéndose á ella, hace cinco minutos que estoy llamando, y..... Isabel retrocedió horrorizada, arrojando un grito de espanto, que oído por la madre, acudió presurosa y trastornada. Carlota había muerto.

Era una de las noches más lúgubres y tristes del mes de marzo. Las calles desiertas, el agudo silbido del viento, el chasquido de la lluvia aumentaba el aspecto sombrío y producía un sentimiento de opresión. Al ver la señora D. el cruel acontecimiento de su idolatrada hija, fué presa de un violento ataque de nervios, sin poder soportar el horroroso espectáculo que se le había presentado. La vecindad corrió á su socorro, la que no podrá olvidar semejante escena de muerte y desolación. El cuarto tenía una cama con una cubierta blanca, no había más que una ventana cerrada de cuyos lados colgaban un traje, enaguas, ropa blanca y en medio un espejo. Varios objetos de tocador se hallaban esparcidos en la mesa de la habitación, como agujas, adornos para la cabeza, cintas, guantes, pulseras, etc. Delante del espejo había un sillón donde se hallaba sentado el cadáver de Carlota, con la cabeza apoyada sobre la mano derecha, colocado el brazo en la mesa de debajo del espejo; colgaba el brazo izquierdo, y sus crispados dedos sostenían los hierros con los que se había rizado el pelo; tenía en los brazos hermosos brazaletes de oro, y se había puesto un vestido de muselina con volantes de encaje. Su cara, frente del espejo, recibía los reflejos de la luz de dos bujías, que demostraban con espantosa exactitud los rasgos que la muerte imprime, sin embargo de un débil tinte rosado, que había quedado todavía en el semblante. La boca se hallaba abierta y como si colgara la mandíbula inferior; y los ojos, vueltos hácia al espejo, tenían un aspecto vitrioso y apagado. Examinada Carlota con detención, parecía conservar toda-

vía cierto aire de coquetería y de satisfacción personal, que la guadaña de la muerte no había podido destruir. Su peinado se conservaba esmerado, reluciente, y rizado con pretensiones, brillando al rededor de su descarnado cuello una rica sarta de perlas. La muerte aparecía con su pálida figura al través de las joyas de la coquetería, de ese falso y vano atractivo del mundo. ¡Qué horrible irrisión de la locura humana! ¡Era enverdad un espectáculo desconsolador y mortificante! ¡Pobre criatura! ¡Herida de muerte precisamente cuando pagaba su tributo á la vanidad y á las ligerezas de su sexo! Todos los recursos de la medicina que se aplicaron fueron inútiles. Algunas señoras creyeron un deber colocar el cadáver en la cama y vestirlo de una manera más conveniente. En el brazo no había rigidez, y por una singular coincidencia, la cinta blanca que debía lucir en el baile, sirvió para sujetarle la mandíbula inferior que se hallaba caída, contribuyendo á una parte de su mortaja.

Del exámen que se practicó pudo justificarse que había succumbido de resultas de un aneurisma. Sin duda hubiera prolongado su vida algunos años más, si no hubiese despreciado los consejos de la medicina y los de su apasionada madre. No puede presentarse una sátira más cruel y ensangrentada, al paso que repugnante, de la vida humana, que la vista de un frio cadáver vestido con un elegante y pretensioso traje de baile.

M. C.

¿POESÍAS Á MI?

A MI TIERNO HERMANO JOSÉ OLIVER

No me pidas dulces versos
Fundidos en arrebol,
Ni halagüeñas poesías
Benditas por la ilusión.

No me exijas que celebre
La bondad de un bienhechor,
Ni recuerdes á mi alma
Un tiempo que ya pasó;
Que un recuerdo, caro Pepe,
Puede ser dardo feroz,
Dardo de punta siniestra,
De venenoso licor,
Que mate la fantasía,
Que atraviere el corazón,
Que hiera con su veneno
La garganta del cantor.

Déjame en mis soledades
Y en presencia de mi Dios,

En el rodar de los días
Meditar qué seré yo,
Microscópico infusorio,
Atomo raudo y veloz,
Que paso en un torbellino
O-curo y devastador.

Y en mis horas no funéreas
En que sueña el corazón
Luces y flores que juegan,
Y con ellas juego yo;
Déjame, querido hermano,
Déjame beber del sol
Los destellos que reflejan
La hermosa imagen de Dios,
Imagen dulce y bendita,
Que entre nubes de candor,
A veces veo entre sueños,
Que me da su bendición.

Deja descansar mi lira,
Mientras meditando voy
Lleno de tristes recuerdos
Y de experiencia precoz,
Que las cuerdas que se gastan
En producir dulce són,
Se encuentran rotas un día,
Cuando no las besa el sol.

Deja á mi numen tranquilo
Y á mi tosca inspiración,
Que á mi alma no la trae
Más ensueño que el de Dios.

Vanidad de vanidades,
A veces me digo yo;
Vanidades son los cantos,
Vanidad es la ilusión,
Vanidad es el recuerdo
Del tiempo que ya pasó;
Vanidad es la sonrias,
Vanidad es el dolor;
Vanidad es lo del mundo,
Vanidad los hombres son;
Y hay una triste, muy triste...
Esa vanidad soy yo.

R. O. E.

Igalada 20 de Marzo de 1894.

REVISTA DE LA QUINCENA

Puede darse por definitivamente zanjado el conflicto promovido por los sucesos de Melilla del 2 de Octubre. El ejército de operaciones del Africa, ha sido ya disuelto: las reservas han sido ya licenciadas: el Ministro de la Guerra, el de Marina, algunos Generales, no pocos jefes y muchísimos oficiales han recibido recompensas; hasta los periodistas que acompañaron á la Embajada, han logrado distinciones oficiales; ni los presidiarios han quedado excluidos de esa largueza, con que el Gobierno ha querido significar que el éxito obtenido en Marruecos ha sido brillante, extraordinario, digno de perpetua recordación. El único que hasta el presente no ha recibido el premio de sus servicios, es el General en Jefe del Ejército expedicionario y Embajador extraordinario, cerca de S. M. Serrifiana, D. Arsenio Martínez de Campos. También es este ilustre Caudillo, el único que en esta ocasión ha conservado incólume su dignidad y decoro. Al rechazar los honores extraordinarios que el Gobierno le ofreció, ha dado una lección severísima á los que se han disputado las gracias y recompensas, por lo acaecido en Africa. Quería el Gobierno otorgarle la altísima dignidad de Príncipe, y con ella una pingüe pensión vitalicia, rebajándolo hasta el nivel de Godoy y de Espartero, únicos que en España han obtenido, por servicios más ó menos discutibles, y que la historia no ha sancionado, aquel título que solo suelen llevar los individuos de las familias soberanas; pero el General lo ha rechazado con dignidad, mostrándose muy superior en miras y en sentimientos, á los que así pensaron halagarle y obligarle.

Nuestros plácemes al integérrimo Capitán General D. Arsenio Martínez de Campos. Se halla constituido ya en la más alta jerarquía militar; cobra del Estado lo suficiente para vivir con el decoro que su estado requiere; uno de sus hijos ha sido agracia-

do con el título de Duque de la Seo de Urgel; y todo eso ¿no merecía que hiciera el General por la España que le trata como á uno de sus hijos predilectos, lo que ha hecho en Melilla y en Marruecos? Acaso paga el Estado las pensiones militares, todo el personal del ejército, para que nuestros bravos soldados luzcan sus uniformes en las paradas militares? Si la Nación invierte tantos millones en las pagas de Generales, jefes y oficiales, es precisamente para que estos se impongan los sacrificios inherentes al estado de guerra, si esta por uno ú otro motivo se hace inevitable. Por esto entendemos que el General Martínez de Campos ha recibido antes de ahora, recibe en la actualidad y recibirá mientras viva la recompensa de los servicios prestados en Africa. Otra cosa sería si el General no viviera del presupuesto del Estado. Y en la campaña de Melilla, si así puede llamarse lo efectuado por nuestro Ejército, y en la Embajada extraordinaria á Marruecos, nada se ha hecho que no debiera hacerse, nada fuera de lo normal en semejantes casos, nada que merezca ser especialmente recompensado, nada que la patria no tuviera derecho á exigir de los encargados de mantener inmaculada su bandera. Si los jefes de nuestro Ejército vivieran ordinariamente en sus casas y de lo suyo, justo sería que se les recompensara por los sacrificios y los peligros que corren estando en campaña; pero viviendo del presupuesto desde que salen del Colegio hasta que mueren, para que se hallen siempre dispuestos á entrar en campaña, al exigirlo el honor ó la independencia de la Nación; no deben aspirar á recompensa alguna por sus servicios de guerra, á no ser que se trate de algo extraordinario, de algo que esté por encima de los deberes militares, Tal es nuestro criterio y tal creemos que ha sido el que ha guiado á Martínez de Campos en la ocasión presente.

*
*
*

Una nueva Encíclica ha venido á demostrar la actividad inagotable de León XIII: con fecha 19 de Marzo ha dirigido á los Obispos de Polonia una Encíclica que no desdice de las más renombradas publicadas hasta el presente. Y esa Encíclica ha circulado ya por toda la Europa, llamando fuertemente la atención, y sin levantar protestas de ninguna especie. Pocos años atrás hubiera sido una temeridad dirigir una Encíclica á los Obispos de la Polonia, y ese acto pontificio hubiera levantado las más vivas protestas, y acaso enérgicas reclamaciones. Pero León XIII ha rodeado de tal prestigio la Cátedra de S. Pedro, que nadie se atreve á censurar la conducta del Vaticano, siendo universal la creencia de que cuanto de allí procede es justo y prudente y provechoso y está inspirado en las ideas más elevadas y en los más nobles sentimientos. Con razón llamó Mr. Spuller, en la Cámara francesa, á la Santa Sede el más grande poder moral de la tierra.

Sabido es que la Polonia se halla políticamente fraccionada, y que una parte de ella pertenece al Austria y otra á la Prusia, y la tercera y mayor y acaso más desgraciada á la Rusia. Con todo, S. S. considera á los Obispos polacos como Pastores de una Iglesia nacional que tiene tradiciones brillantes, que debe realizar en la actualidad un mismo ideal moral y religioso, y debe aspirar á un porvenir común á todos los Pastores, bajo el régimen del mismo Pastor supremo que vive en el Vaticano. Aquella unidad moral y religiosa que retrotrae el pasado, aquella unidad de acción bajo la autoridad pontificia que se dirige al porvenir, aquellos consejos que así atañen á los polacos austriacos como á los alemanes y rusos, hacen palpitar la unidad nacional polaca en todo el Documento pontificio, y seguramente que los polacos se habrán consolado de la pérdida de su unidad política, viendo que es solemnemente reconocida su unidad moral, su unidad de creencias y sentimientos, su unidad vital.

Apesar de eso,, no olvida León XIII en esa Encíclica el pensamiento dominante en su pontificado: la unión de los católicos y la pacificación de los pueblos. Habla especialmente León XIII á los polacos de cada una de las tres naciones, y á todos ellos les inculca el deber de la sumisión y de la obediencia, anteponiendo á todos los intereses materiales el bien de la tranquilidad religiosa. Recuerda á los polacos de la Rusia que no pocas veces se han lamentado con justicia de rigores insólitos, pero les consuela anunciándoles días mejores, y asegurándoles que el Czar se halla animado de deseos de equidad que redundarán en su bienestar y provecho. A los católicos polacos del Austria, les aconseja tengan plena confianza en la dinastía de los Aubs-bourgos, la cual protegerá sus intereses materiales y religiosos, cumpliendo ellos los deberes de súbditos fieles. La instrucción papal concluye, para los polacos de la Alemania, con acentos de una plena seguridad de pacificación, basada sobre los sentimientos de una buena voluntad, de que el protestante Emperador de Alemania ha dado testimonio al mismo Pontífice, ya de palabra, ya con hechos de significación clara y terminante. Así es como, bajo la autoridad de tres soberanos, católico el uno, protestante otro, y el tercero cismático, la Polonia recobra con la enseñanza pontificia, la unidad moral y la reconstitución de su vida religiosa. Así, mientras halaga á los polacos, respeta la susceptibilidad de los tres emperadores, contribuyendo á apretar los lazos de unión entre súbditos y soberanos.

* *

El día 30 de Marzo inauguróse en Roma el undécimo Congreso médico, con asistencia de los Reyes de Italia, de su primer Ministro, del Ministro de Instrucción pública, de los Senadores, de los Diputados, del Ayuntamiento, y de las familias más distinguidas de la sociedad italiana adicta á la Casa de Saboya. Nada

se ha omitido para que el acto revistiera verdadera y hasta deslumbrante solemnidad. El Gobierno ha tenido particular empeño en que el Congreso médico, por celebrarse en Roma, fuera una manifestación universal en favor de la Italia oficial. Por esto ha procurado á los médicos de todas las naciones, las mayores facilidades para trasladarse á Roma con comodidad y economía. Y gracias á las ventajas que han obtenido, han respondido á la invitación 3000 médicos de diversas procedencias: 900 alemanes, 700 austriacos, 600 franceses, 250 españoles, 200 rusos, 200 suizos, 175 americanos y el resto de otras naciones. Cuatro mil asistieron al acto de la inauguración, aunque no pudieron tomar asiento muchos de ellos, por haber invadido de antemano el teatro *Constanzi* los invitados por la comisión correspondiente.

Tomó en primer lugar la palabra el dictador Crispi, y su discurso, más que indiscreto, fué verdaderamente audaz é imprudente. Tenía por objeto asociar á toda aquella muchedumbre de sacerdotes de Esculapio á la obra de la Revolución italiana. Según Crispi nada debe el mundo á la Roma pontificia: á la Roma antigua le debe la civilización y el derecho; á la Roma contemporánea le deberá la paz, y el Congreso internacional afianzará esa paz que es el símbolo de la fraternidad y de la solidaridad de las naciones. Crispi dijo en su discurso que Roma es *nuestra madre común*, y Baccelli, Presidente efectivo del Congreso, que siguió á aquél en el uso de la palabra, añadió que en Roma el soplo de la libertad despierta el recuerdo de la antigua grandeza de su pueblo, «*Aquí, añadió, nadie es extranjero, aquí donde cada pueblo de la tierra encuentra sus recuerdos, todo el género humano constituye una familia*». De modo que la catolicidad de Roma, que es el argumento con que los fieles reclaman la posesión de la Ciudad Eterna, la cual, por el hecho de pertenecer al mundo católico, no puede ser la Capital de un Estado determinado, esa catolicidad ha sido por vez primera reivindicada á favor de la Roma oficial y libre-pensadora. Mr. Virchow, el alma del Kulturkampf bismarkiano, el que inventó contra los católicos alemnas la fórmula «*Lucha por la civilización*» se mostró entusiasmado por la *tercera Roma* y felicitó á esa Roma oficial de haber aumentado el patrimonio científico de la Nación.

Entre los ilustres representantes de la ciencia médica llegados á Roma, no pocos, al escuchar los discursos de Crispi, de Baccelli y de Virchow, se habrán preguntado con admiración: ¿hemos venido á Roma, para asociarnos á una demostración contra el Papa? Los mas indulgentes hallarán en sus discursos falta de delicadeza; otros los calificarán de abuso de confianza; pero en realidad indican una absoluta falta de tacto político. Seguramente para todos los asistentes, al oír las frases de que Roma es *nuestra madre común*, de que *en ella nadie es extranjero*, de que *teniendo en ella*

todos los pueblos sus recuerdos, todo el género humano constituye allí una sola familia, todos cuantos exentos de odios religiosos oyeron esas frases, pensaron luego al punto en la Roma pontificia y á esta Roma, y no á la *Roma tercera* adjudicaron en su interior esa catolicidad, ese carácter metropolitano universal de que hablaban Crispi y Baccelli. Porque si Roma continua siendo hoy, como lo era en tiempo de Augusto, la metrópoli del mundo, no es ciertamente porque en el Quirinal habite Humberto I, sino porque en el Vaticano vive el Sucesor de San Pedro. Así lo dicen con lenguaje elocuentísimo todos los monumentos, todas las piedras, todo el polvo de los siglos, sacudido, al pasar frente al Vaticano, por todas las generaciones creyentes.

* * *

Por fin sucumbió en Bélgica el Ministerio Beernaert, á la acción combinada de los católicos conservadores, y de los liberales doctrinarios. Partidario Mr. Beernaert de la democracia cristiana, ha luchado durante algunos meses contra los políticos que temen en Bélgica, la extensión del sufragio. Beernaert era ardiente partidario de las direcciones políticas de Leon XIII, y, como S. S., creía que el porvenir político pertenece á la democracia. Los católicos conservadores, y los francmasones doctrinarios, han unido sus votos para derribarle, temerosos de que unas elecciones basadas en el sufragio universal, los barrieran á ellos de la escena política.

No podemos menos de lamentar la obcecación de aquellos católicos belgas que han contribuido á la caída de Mr. Beernaert. Además de haber con sus intransigencias dividido el partido católico, han creado una situación política, verdaderamente insostenible. Porque será imposible que, al llegar la época de las elecciones, puedan entenderse los que realmente son católicos, con esos antiguos liberales afiliados á las logias masónicas. ¿Y qué bien pueden hacer á la causa católica, teniendo que contar con el apoyo de los liberales doctrinarios? Afortunadamente, el porvenir de Bélgica se sustrae precipitadamente á la acción de los antiguos partidos. El movimiento social católico está allí tan desarrollado, que las masas obreras nada piden, y nada esperan de las antiguas agrupaciones, y comprenden muy bien, que un demócrata no ha de ser por necesidad un libre pensador, y que un conservador puede ser tenaz partidario del libre-pensamiento. Gracias á la extensión que allí ha tomado la Liga democrática, cuyo programa de acción es la Encíclica *Rerum Novarum*; gracias á la propaganda activa é inteligente de M. Pottier, y de Mr. Helleputte, de M. Michel Levie, y de Mr. Verhaegen, se ha producido en Bélgica un verdadero desquiciamiento de los antiguos partidos, y todos los hombres de acción, se dirigen hácia la democracia, en previsión de que ella dispondrá de los destinos de la Bélgica, en tiempo no lejano. Las cuestiones sociales,

son las únicas que hoy preocupan la atención pública en Bélgica, y la adquisición del sufragio tiene el valor de medio el más apropiado, para intervenir en la solución del problema social. Por esto repugna la otorgación del sufragio, á los que no cuentan con el favor y simpatía de las muchedumbres, y particularmente á aquellos que no han inscrito en sus programas, las reformas sociales aconsejadas por la Encíclica *Rerum Novarum*.

Desde la promulgación de la ley electoral, todo el mundo presente en Bélgica, que las reformas sociales se realizarán, apesar de todas las coaliciones de conservadores y de liberales. Pero ¿se realizarán en contra de la Iglesia ó con ayuda de la Iglesia? Esta es la cuestión más grave de cuantas se han planteado desde la emancipación de la Bélgica. Sobre la certeza y la proximidad de esas reformas, no es posible duda alguna. Intentar retardarlas equivale á oponer el pecho á la corriente del río desbordado: se tiene la seguridad de ser arrastrado y sumergido. Lo procedente y cuerdo es prepararse para el día de la invasión democrática á fin de poder encauzarla y dirigirla, según sabiamente aconseja Mgr. Doutreloux en su Pastoral, tan explícitamente aprobada por el Sumo Pontífice. En Bélgica la democracia no es un nombre más ó menos tremebundo, más ó menos combatido, y del cual pueden prescindir los rectores de la opinión pública: allí es la democracia un hecho, pero un hecho indestructible con el cual es preciso contar en todas las combinaciones. Por esto la *Liga democrática* ha logrado en breve tiempo tanta importancia y fuerza. A ser esa Liga una asociación de carácter político, estaría sujeta á las contingencias de los partidos; pero es asociación fundada en vínculos naturales; es una especie de federación de las artes y oficios, basada en el interés de los asociados, en el espíritu de corporación, y en las relaciones que establece el trato y uniformidad de trabajo y de aspiraciones. Asociación de artes y oficios, sindicatos de obreros, ó sindicatos mixtos de obreros y patronos, verdaderos organismos profesionales á cuyo funcionamiento va anexo el porvenir de la familia, tales son los elementos constitutivos de la *Liga democrática*, la cual, dirigida en gran parte por el Rdo. Pottier, fundador de numerosos sindicatos cristianos, es una gran fuerza social, y llegada la hora, puede ser también una gran fuerza política. Por esto, al deliberar en Bruselas recientemente los delegados de la Liga, las discusiones de estos obreros eran estractadas por los Diarios belgas liberales, radicales, socialistas y hasta conservadores, con igual amplitud, sino mayor, que la concedida á las discusiones de la Cámara legislativa. Y mientras conservadores católicos, y liberales doctrinarios se entretienen en deliberaciones bizantinas, los directores de la Liga preparan la solución que mañana reclamarán las reformas sociales que deben devolver la paz á los ánimos y la tranquilidad á los espíritus medrosos.—E. LL.